

LA PARODIA DE LA POESÍA AMOROSA CULTA EN QUEVEDO: EL ROMANCE XLI

Luciano LÓPEZ GUTIÉRREZ
I.B. Dolores Ibarruri. Madrid

Para las varias mujeres que conviven en Marta José Arroyo

BIBLID [0213-2370 (2001) 17-2; 225-232]

El romance quevediano XLI (717 en ed. Blecua) constituye una burla del lenguaje gastado usado en la poesía amorosa culta de raíces petrarquistas, así como de la imagen tópica y espiritualizada de la mujer y del amor que aparece en este tipo de poesía. Para ello, Quevedo acude a diversos procedimientos sin evitar alguna alusión procaz, tan sólo comprensible a través del conocimiento de la poesía erótica y burlesca de los Siglos de Oro.

Quevedo's "romance" XLI (717 ed. Blecua) is a taunt of the spent language used in amorous learned poetry of Petrarchan roots, both the topic and spiritualized image of the woman and the love which appears in this kind of poetry. For this purpose, Quevedo makes use of different procedures not avoiding any obscene allusion, only comprehensible through the knowledge of the erotic and burlesque Golden Age poetry.

¡Qué preciosos son los dientes
y qué cuitadas las muelas,
que nunca en ellas gastaron
los amantes una perla!
No empobrecieran más presto
si labraran, los poetas,
de algún nácar las narices,
de algún marfil las orejas.
¿En qué pecaron los codos,
que ninguno los requiebra?
De sienes y de quijadas
nadie que escribe se acuerda.
Las lágrimas son de aljófár
aunque una roma las vierta
y no hay un culto que saque
de gargajos a las flemas.
Para las lagañas solas
hay en las coplas pobreza,
pues siempre se son lagañas,
aunque Lucinda las tenga.
Todo cabello es de oro
en apodos, y no en tiendas,

y en descuidándose Judas
 se entran a sol las bermejas.
 Eran las mujeres antes
 de carne y de güesos hechas;
 ya son de rosas y flores
 jardines y primaveras.
 Hortelanos de faciones,
 ¿qué sabor queréis que tenga
 una mujer ensalada,
 toda de plantas y yerbas?
 ¡Cuánto mejor te sabrá
 sin corales una jeta,
 que con claveles dos labios,
 mientras no fueres abeja!
 ¡Oh cultos de Satanás
 que a las faciones blasfemas
 con que piden, con que toman,
 andáis vistiendo de estrellas!
 Un muslo que nunca arufía,
 unas sabrosas caderas
 que ni atisban aguinaldos
 ni saben qué cosa es feria,
 esto si se ha de cantar
 por los prados y las selvas
 en sonetos y canciones,
 en romances y en endechas.
 Y lloren, de aquí adelante,
 los que tuvieren vergüenza
 todo rubí que demanda,
 todo marfil que desuella.
 Las bocas descomulgadas,
 pues tanto dinero cuestan,
 sean ya bocas de costal
 porque las aten por ellas.
 De cáncer se ha de llamar
 todo diente que merienda,
 soles con uñas los ojos
 que se van tras la moneda.
 Aunque el cabello sea tinta,
 es oro si te le cuesta,
 y de vellón el dorado
 si con cuartos se contenta.
 Quien boca y dientes cantare
 a malos bocados muera,
 las malas gordas le ahíten,
 las malas flacas le hieran.¹

El romance constituye una parodia del código de la poesía amorosa de tradición petrarquista. En su primera parte (hasta el verso 37), Quevedo se burla

de las manidas metáforas empleadas por los poetas cultos para realzar la belleza del rostro de la amada sometiéndolas a un proceso de literalización, y a la par cita diferentes partes del cuerpo que los petrarquistas eliminaban en sus descripciones idealizadas de la mujer (orejas, narices, codos, sienes, quijadas), sin eludir, además, la mención de secreciones (legañas, flemas), que son tabúes en la poesía amorosa seria.

Todos estos procedimientos los podemos encontrar, sin mucho esfuerzo, en la literatura paródica de don Francisco tanto en prosa como en verso. Así, en *La agua de navegar cultos* se lee lo siguiente:

En la platería de los cultos (...) para las facciones de las mujeres hay gargantas de plata bruñida, y trenzas de oro para cabellos, y labios de coral y de rubíes para jetas y hocicos, y alientos de ámbar (como pomos) para resuellos, y manos de marfil para garras, pechos de diamantes para pechos, y estrellas coruscantes para ojos, y infinito nácar para mejillas. Aunque los poetas hortelanos todo esto lo hacen verduras, atestando los labios de claveles, las mejillas de rosas y azucenas, el aliento de jazmines. Otros poetas hay charquías, que todo lo hacen de nieve y de yelo, y están nevando de día y de noche, y escriben una mujer puerto, que no se puede pasar sin trineo, y sin gabán y bota. (Quevedo 1993, 440-41)

Asimismo, dentro de su poesía burlesca nos topamos, por ejemplo, con un romance en que justifica sus loas a la nariz de una dama de la manera que sigue:

A tus ojos y a tu boca
acuden tantos requiebros
que ya no caben de pies
en labios y sobrecejos.
Yo, que no requiebro en bulla,
ando a buscar en tu gesto
una parte reservada,
alguna hermosura yermo (...)
Hay para los dientes perlas,
hay soles para cabellos,
y faltan para narices
briznas de aurora en los versos.
Será al fin lo que os dijere,
cuando no elegante, nuevo;
y si no fuere famoso,
sonado será a lo menos. (Quevedo 1990, 732-35)

Y es frecuente, en fin, en la producción quevediana dejar paso a lo que Bajtin llama "vocabulario de las plazas públicas"; y nombrar sin rebozo los humores, más o menos pestilentes o repulsivos, que pertenecen al mundo inferior, a lo corpóreo. De ahí que con auténtica delectación, aunque a veces con actitud ascética por la degradación que supone del cuerpo femenino, el escritor madri-

leño se refiera sin ningún pudor a partes y aspectos de la dama vedados en la poesía culta:

Que tiene ojo de culo es evidente,
y manajo de llaves tu sol rojo,
y que tiene por niña en aquel ojo
atezado mojón duro y caliente.

Tendrá legañas necesariamente
la pestaña erizada como abrojo,
y guifará con lo amarillo y flojo,
todas las veces que a pujar se siente.

¿Tendrá mejor metal de voz su pedo
que el de la mal vestida mallorquina?
Ni lo quiero probar ni lo concedo.

Su mierda es mierda, y su orina, orina;
solo que esta es verdad, y esotra, enredo,
y estánme encareciendo la letrina. (Quevedo 1990, 577)

En esta primera parte del romance Quevedo, por tanto, a la mujer idealizada de la tradición petrarquista opone la de carne y hueso, y parece recrearse en el uso de vocablos como *jeta*, *quijada*, *legañas* o *gargajo*, que sugieren una imagen animalizada, naturalista y degradante de la misma.²

A partir del verso 37 don Francisco va a injertar en el romance otro tema muy característico de su producción satírica y burlesca: la crítica de la mujer pidona.

Ingeniosamente recusa todo tipo de loas a las partes del cuerpo de la mujer (boca, manos) que las féminas usan para esquilmar el caudal de sus galanes, y aprovecha el mismo argumento para propugnar el canto de caderas y muslos,³ vocablos éstos propios de la poesía erótica áurea, es decir, de un tipo de poesía en que se alude explícitamente al goce físico de los amantes y se nombran sin tapujos, a veces incluso empleando términos del lenguaje de germanías, las partes del cuerpo de más marcadas connotaciones sexuales.⁴

Así pues, el eximio escritor no solo critica la imagería metafórica gastada y el reduccionismo de la figura femenina inherentes a la poesía amorosa culta, sino también el amor sublime y arcangélico, generalmente de corte neoplatónico, que suele servir de sustento a esta clase de poesía, que, por otra parte, él mismo cultiva; por ejemplo, en su magnífico cancionero a Lisi, o en el soneto que comienza "Mandóme, ¡ay Fabio!, que la amase Flora", donde rechaza todo deseo carnal hacia la amada para que el amor pueda ser eterno por su carácter espiritualizado. Pero en sus obras paródicas Quevedo se mueve por otros derroteros,⁵ y no duda en acudir a alusiones procaces, más o menos explícitas,

para burlarse de este amor quintaesenciado y de quienes lo alientan con sus obras. Pues bien, creo que es dentro de la esfera de lo procaz donde hay que situar los dos últimos versos que forman parte de la maldición que cierra el romance que estoy comentando.⁶

En efecto, los versos finales del poema constituyen una maldición dirigida hacia aquellos que quieran persistir en alabar las bocas y dientes de las damas. El poeta, en primer lugar, les desea que mueran a malos bocados acuñando una simpática frase hecha a imitación de la proverbial recogida por Correas *a malas lanzadas mueras*; y a continuación, en los dos últimos versos les desea a los tantas veces mentados cultos de Satanás que les ahíten las gordas y los hieran las flacas.

Pues bien, me parece que para entender cabalmente estos versos hay que relacionarlos con una serie de poemas burlescos pertenecientes a la poesía erótica de los Siglos de Oro, en los cuales se muestran muy a las claras los graves inconvenientes y los peligros físicos que deben afrontar los amantes de gordas y flacas en sus accidentadas relaciones con tales mujeres.⁷

Así, en la magnífica antología *Poesía erótica del Siglo de Oro* elaborada por Alzieu, Jammes y Lisorgues podemos encontrar algunos testimonios de los sinsabores que proporcionan las aludidas relaciones íntimas.

Por ejemplo, en una letrilla escrita para alabar las ventajas de las damas pequeñas se leen los versos que siguen:

¿A quién no causará enfado
una gorda en cualquier tiempo,
si, en lugar de pasatiempo,
se halla el hombre enojado
y más viéndose enfrascado
en tetas y salvahonor?
La chiquita es la mejor.

Si a la flaca el instrumento
tocáis en sus atabales,
salís con más cardenales
que del potro del tormento;
pues procurando contento,
la flaca da este dolor,
la chiquita es la mejor. (Alzieu, Jammes y Lisorgues 180)

En lo que respecta a las gordas, efectivamente, el propio Quevedo en un romance, de gran parecido con otro de Castillo Solórzano incluido en *Donaires del Parnaso*, nos narra las tribulaciones que le ocasionaron a un pobre señor sus amoríos nocturnos con una voluminosa fregona. El protagonista del relato vaga hambriento una noche por las calles de Madrid y da con sus huesos en un charco:

Metíme en un charco sucio;
 al ruido salió a mirarme,
 con un candil una moza,
 ¡Dios nos defienda y nos guarde!
 Por san Antón me tenía,
 viendo tentaciones tales,
 que era frisona en el cuerpo
 y mayor que un elefante.
 Abrió la boca y rióse;
 pensé que quería tragarme,
 hecha ballena en el agua
 de este Jonás miserable.

La fregatriz le ayuda a levantarse, le seca las ropas, le da de comer, y cual serrana del Arcipreste, le pide algunas contraprestaciones a cambio:

Desnudóse y desnudéme;
 dijo que la requerebase,
 luego que empecé a nadar
 en el piélagos de carne.

Las experiencias descritas a continuación no brillan por su carácter sensual, sino por su cariz doloroso y repulsivo, que explican los versos siguientes:

Levántose en cueros vivos,
 más remendada que un jaspe,
 con unas piernas urracas,
 negras y blancas en partes.
 Unos parches que tenía
 le pregunté si eran parches
 y respondió zahareña
 que no eran sino lunares.
 En viéndoles vomité;
 y ella, con cara de sastre,
 me dijo si eran de ahíto;
 mas yo que entendí el achaque,
 de aqueste modo le dije:
 “¿Para qué es el preguntarme
 si es el vómito de hartura
 sabiendo que es de mirarte?” (Quevedo 1990, 1037-40)

Por lo que atañe a las flacas, asimismo, también son tópicos en la poesía quevedesca las alusiones a las heridas que pueden provocar por lo puntiagudo de su talle:

Con mujer tan aguda y amolada,
 consumida, estrujada,
 sutil, dura, biñida, magra y fiera

que ha menester, por no picar contera,
no me entrometo; que si llego al toque,
conocerá de mí el señor san Roque. (Quevedo, 1990, 587)

Evidentemente, en el caso de practicar el sexo con estas damas amoladas y buidas como puñales los peligros se reduplican.⁸ De ahí que don Francisco en su obra *Tasa de la herramienta del gusto* estipule algunas precauciones que es menester observen los que tengan trato carnal con coimas de esta guisa:

Mujer flaca vale catorce maravedís; y si el que la goza tiene sarna, debe dar cuatro cuartos por el aparejo que tiene de rascarse con sus güesos. Y a estas tales las señalamos para la Cuaresma, por lo que tienen de sílicio; y las mandamos que en ningún tiempo se puedan ensillar, si no es con sillas de borrenes, como postas y caballos saltadores, que no hagan mataduras y lastimen con sus huesos por lo mucho que se menean.⁹ (Quevedo 1993, 304)

En conclusión, Quevedo en este poema no solo se limita a hacer una parodia del lenguaje añejo y automatizado de la poesía amorosa culta de raíces petrarquistas, sino que también se burla de la imagen de la mujer que aparece en estos poemas y del amor sublimado que plasman.

Frente a todo esto, el locutor burlesco del romance reivindica lo que Bajtin denomina el espíritu carnavalesco, manifestado, por ejemplo, en la referencia a partes del cuerpo y secreciones desterradas de la literatura seria, y en la expresión directa del ansia por los goces de la carne, sin ahorrarse alusiones más o menos procaces.

NOTAS

1. Ver Quevedo, ed. Lia Schwartz Lerner e Ignacio Arellano 309-10. Con notas enormemente útiles para la comprensión cabal del texto.
2. El procedimiento también lo emplea, por ejemplo, Castillo Solórzano en su burla de la *Fábula de Polifemo y Galatea* incluida en *Donaires del Parnaso*, donde se refiere a la famosa hija de Doris con los siguientes versos: "Roncando a Galatea mira ufano/que, aunque dama, roncaba Galatea/que como dijo el otro cortesano/ no hay dama que de Adán hija no sea'./Esto es porque en invierno y en verano/cualquier necesidad a nadie afea/y la que juzgan por deidad divina/enseña a cualquier médico la orina". Ver Jauralde Pou vv. 273-80.
3. Idéntico tópico hallamos en el poema a la nariz de una dama referido arriba: "La fación de balde sois,/sin comida y sin almuerzos;/sin pedir, como la boca;/sin tomar, como los dedos".
4. Ver las observaciones de Robert Jammes (8) "En una sociedad oficialmente dominada por una ideología en la que predomina lo espiritual, lo austero, el desprecio de los placeres de la vida, la exaltación de la penitencia, y una cantidad de prohibiciones (de orden sexual principalmente), es normal que estos antivalores en que estriba todo lo burlesco se constituyan en sistema materialista (en el sentido más elemental de la palabra). En esta actitud materialista se fundan los temas habituales de la literatura burlesca: elogio de la comida, del vino, del amor carnal, del sueño, de la prudencia opuesta al heroísmo, del egoísmo, etc..." Recuérdese también a este respecto el soneto quevediano que comienza: "Gozar quiero, Gutiérrez, que no quiero/tener gusto mental tarde y mañana".

5. Es importante señalar que es preciso distinguir entre el autor y los locutores de cada unidad poética, pues está claro que cada género literario impone distinto tipo de locutor (Ver Arellano 211-17).
6. Quevedo en otras ocasiones entrevera versos procaces dentro de sus parodias a la poesía amorosa de los cultos. Obsérvense los siguientes incluidos en el romance 684, en se celebra la nariz de una dama: "Fación que nunca se afloja,/miembro que siempre está enhiesto,/yo sé que tiene envidiosos/buen número de greguescos". En este mismo sentido, Ricardo Senabre (461-79) señala que el soneto 559 ("Sol os llamó mi lengua pecadora") está lleno de chistes maliciosos apoyados en dilogías y en el significado jergal de vocablos como *luz, candil, alumbrar, amanecer, desvelo*, aunque, según apuntan Schwartz y Arellano (218), el insigne filólogo citado no deja suficientemente clara su sugerente apreciación.
7. De la presencia del tema de los gustos de amores en la poesía burlesca de Quevedo me he ocupado en un artículo que aparecerá en el próximo número de *La Perinola*.
8. Ya López Maldonado en una sátira que leyó la noche del cuatro de noviembre de 1592 en la valenciana Academia de los Nocturnos indicaba lo siguiente: "Pues ver unas cavernas escondidas/entre dos flacos postes puntiagudos,/que os dan si allí llegáis fieras heridas/aunque llevéis de acero los escudos;/las fuertes lanzas con razón temidas/nunca tuvieron hierros tan agudos/ni pusieron a nadie en tal trabajo/como una pierna que es toda zancajo". Ver Chevalier 111.
9. Véase también a este respecto, López Gutiérrez 315-18.

OBRAS CITADAS

- Alzieu, Jammes, Lissorgues. *Poesía erótica del Siglo de Oro*. Barcelona: Crítica, 1984.
- Arellano, Ignacio. *Poesía satírico burlesca de Quevedo*. Pamplona: EUNSA, 1984.
- Bajtín, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- Castillo Solórzano, Alonso del. *Donaires del Parnaso*. Madrid: Diego Flamenco, 1624.
- Chevalier, Maxime. *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*. Barcelona: Crítica, 1992.
- Jammes, Robert. "La risa y su función social en el Siglo de Oro". *Risa y sociedad en el teatro español del Siglo de Oro*. Ed. Robert Jammes. Toulouse: CNRS, 1980. 3-11.
- Jauralde Pou, Pablo. "Alonso de Castillo Solórzano, *Donaires del Parnaso* y la fábula de Polifemo y Galatea". *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos* 82 (1979): 727-66.
- López Gutiérrez, Luciano. "Tópicos quevedianos en un soneto del manuscrito 3890 de la Biblioteca Nacional de Madrid". *DICENDA* 14 (1996), 315-20.
- Quevedo, Francisco de. *Poesía selecta*. Ed. Lía Schwartz Lerner e Ignacio Arellano. Barcelona: PPU, 1989.
- . *Poesía original completa*. Ed. José Manuel Blecua. Barcelona: Planeta, 1990.
- . *Prosa festiva completa*. Ed. Celsa Carmen García-Valdés. Madrid: Cátedra, 1993.
- Senabre, Ricardo. "Sobre el proceso creador en la poesía de Quevedo". *Homenaje a Francisco Ynduráin. Estudios sobre el Siglo de Oro*. Ed. Manuel Alvar, Madrid: Editora Nacional, 1984. 461-79.